



Dayana miró la fotografía una y otra vez y la comparó con la niña que estaba sobre su mesa. Eran idénticas. El mismo rostro, la misma sonrisa...

—¡Esto no puede ser! ¿Estaré soñando? —se preguntaba Dayana.

—¿No has estado pidiendo que te ayudara? Bueno, aquí me tienes.

Dayana quedó sorprendida por la respuesta que le había dado la niña luminosa. Entonces le dijo:

—Bueno, la verdad no te imaginaba así...

—¿Así cómo...? —indagó la niña del cielo.

—Pensé que las almas de los muertos se verían igual a la forma humana que tenían cuando estaban vivos.

—¡Ah! Entiendo. ¿Lo deseas así? ¡Mira!...

Dicho esto, la diminuta presencia creció hasta el tamaño de un niño normal y tomó la forma que aparecía en la fotografía. Era Omaira Sánchez con su vestido blanco de la primera comunión. Durante un rato, permaneció sentada en la cama. En ese lapso le explicó a Dayana sobre algunos principios éticos para llevar una vida de rectitud. Le dijo que el amar a Dios en tanto se perjudicara a otros no podía llamarse amor. Que una vida de crueldad comenzaba causándoles a los padres problemas interminables y que los hombres nunca podrían liberarse de los conflictos hasta que no abandonaran el hábito de estar diciendo mentiras. Por último, le aclaró que todo lo que la acercara a Dios era lo bueno y lo que la alejara de él era lo malo.

—¡Ahora, observa! —exclamó, y en un abrir y cerrar de ojos se transformó en un ángel azul con cabeza de niña. En la espalda tenía tres pares de alas. Las más pequeñas estaban en el centro de la espalda, al lado de ellas unas alas medianas y las más grandes sobre los homoplatos. Sus pies eran pequeños, bellos y delicados y estaban descalzos. Sus ojos grandes y negros irradiaban un brillo celestial. Sus cabellos de azabache colgaban en forma de espirales. Dayana, al ver la magnificencia de la figura diamantina, se olvidó del miedo y se inclinó en la cama para tocarla, pero sus manos la atravesaron de lado a lado.

—Estoy hecha de luz —aclaró, y al momento retornó a la forma de Omaira Sánchez.

Dayana, que ya se había tomado confianza, se sentó al borde de la cama junto al pedacito de cielo. Mirándolo con cara de asombro le preguntó:

—¿Eres un ángel?

—Soy un querubín —afirmó con una sonrisa luminosa.

—¿Querubín? ¿Eso qué es? —quiso saber Dayana.

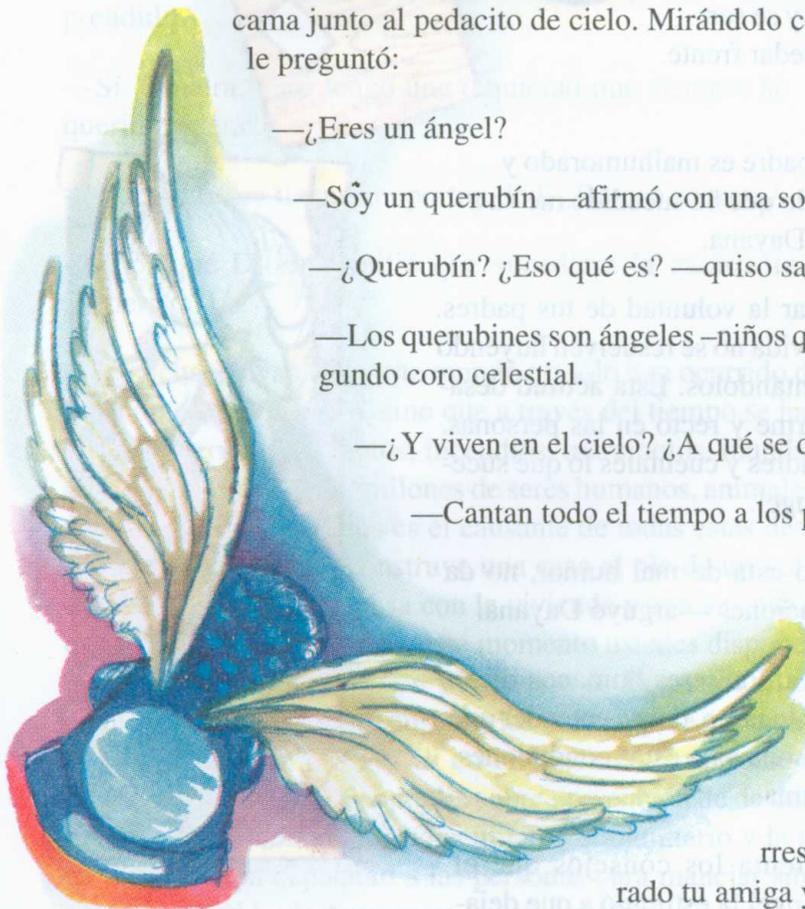
—Los querubines son ángeles —niños que pertenecen al segundo coro celestial.

—¿Y viven en el cielo? ¿A qué se dedican?

—Cantan todo el tiempo a los pies del Señor.

—¿Y tú por qué has venido a mí?

—Porque desde el 13 de noviembre de 1985, cuando dejé la forma terrestre, me has considerado tu amiga y protectora. Me re-



zas y me tienes confianza; como ahora estás en un aprieto, he venido para ayudarte.

—¿Te cuento mi problema? ¿Quieres que te diga por qué...?

—No hay necesidad, Dayana. Sé todo de ti. Conozco tu pasado, tu presente y tu futuro. Estás sufriendo por la pérdida del año escolar y temes el castigo de tus padres. Por eso piensas huir de tu casa y viajar a Bogotá.

Dayana quedó sorprendida de la videncia del querubín. Colocó la fotografía sobre la mesa y se sentó en la silla para quedar frente a él.

—Tú sabes que mi padre es malhumorado y cuando se entere de lo que ha sucedido me va a castigar —justificó Dayana.

—Tienes que aceptar la voluntad de tus padres. Los conflictos de la vida no se resuelven huyendo de ellos, sino enfrentándolos. Esta actitud desarrolla un carácter firme y recto en las personas. Di la verdad a tus padres y cuéntales lo que sucedió —aconsejó el ángel.

—Mi padre, cuando está de mal humor, no da espacio para explicaciones —arguyó Dayana.

—Cegados por la ira, los seres humanos dicen cosas sin pensar, por lo tanto, debes entender que lo dicho por una persona bajo estas condiciones, no tiene validez alguna.

Dayana escuchó atenta los consejos que el querubín le dio. El ángel la estimuló a que deja-

